

Memorias de la Violencia. Profesores, periodistas y jueces que ETA mandó al exilio.

Bezanarte, Ofa

Editorial Almuzara.

Córdoba, 2013, 344 páginas.

En el periodismo los hechos nos recrean la realidad del instante. Una actualidad que será años más tarde la historia, la memoria de los pueblos y sus gentes. Desgraciadamente, en muchas ocasiones los relatos pueden ser adulterados para cambiar una realidad que, pasado el tiempo, no gusta o tiene una imposible justificación. *Memoria de la Violencia* de Ofa Bezanarte es un libro que nace con el propósito de no dejar que la maquinaria ideológica quiera imprimir al relato de la historia lo que no pasó.

Un gran primer capítulo reflexiona sobre cómo puede existir el riesgo de que la historia se escriba al revés. Los silencios no sirven, los testimonios sí. Este es un libro de testimonios de los exiliados por la violencia terrorista, como bien dice en portada, de voces discordantes de unos campos muy concretos: periodistas, profesores y jueces. Aquí queda escrita una referencia a Vaclav Havel, citada por Fernando Savater, que recuerda el monumento erigido en Praga a las víctimas del comunismo en cuya placa decía que no solo se conmemoraba a quienes fueron asesinados, sino también a todos aquellos que vieron su vida cotidiana, su trabajo, sus proyectos personales destrozados por el terror establecido.

Estamos ante una obra bien estructurada que va de lo general a lo particular. Desde el capítulo dos, *Vidas marcadas*, entra ya en lo concreto de la vida y el día a día de los protagonistas, con sus testimonios y el calvario personal que sufrió cada uno. Fueron acosados y extorsionados porque con su tribuna académica o mediática podían hacer un frente intelectual. Los pusieron en el punto de mira y profesores universitarios y periodistas optaron por el exilio sabedores que sus vidas y las de sus familias corrían un serio peligro. A través de las palabras de los profesores Mikel Azurmendi, Mikel Iriondo, Carlos Fernández de Casadevante, Gotzone Mora, Edurne Uriarte, Manu Montero y Francisco Llera se retrata a una Universidad verdaderamente insolidaria. Iriondo lamenta que «tan pocas personas tomen una posición clara frente a la extorsión, la amenaza y el terrorismo de ETA.» Montero señala las actitudes de sus propios compañeros: «Lo general es una reacción primaria: hacer como que no ven, como si esto no estuviera pasando. Los demás te ven como amenazado y, por tanto, como factor de riesgo. A veces vas por la calle, te encuentras con un amigo y lo saludas, pero notas que mira hacia donde están los escoltas, y está muy poquito tiempo contigo. Te vas aislando socialmente. En Granada, cuando estuve en Políticas, la decana protestó porque yo estaba dando clases allí. El aislamiento se da porque producimos miedo.» En el bloque de periodistas exiliados encontramos las evidencias que proporcionan José María Calleja, Aurora Intxausti, Carmen Gurrutzaga, Charo y José Antonio Zarzalejos y Pedro Briongos.

En uno de los capítulos podemos leer la recreación del atentado fallido en el año 2000 a la periodista Aurora Intxausti: «Tenía 39 años, cuando ETA decidió

quitarnos la vida a mi marido, Juan, a mi hijo, Iñigo y a mí. Mi hijo tenía año y medio. Todo ocurrió cuando íbamos a salir de casa, se suponía que estaba preparada la bomba para explotar. Tuvimos la suerte de que un movimiento brusco de la manilla hizo que el detonante no se accionase hacia el dispositivo. Según nos dijo la policía, si hubiese explotado, nosotros vivíamos en un sexto, hubiese quedado el edificio a la mitad, hubieran volado tres pisos enteros.» Al tratarse de un libro de testimonios los sentimientos están en muchas ocasiones latentes. Hay una gran carga emocional en los relatos de los hechos pero, curiosamente, indiferencia hacia quienes eran los responsables de marcarles como objetivos de la banda terrorista. Nuevamente Aurora Intxausti sirve para ilustrar: «No me ha preocupado saber la identidad de los miembros de ETA que atentaron contra mí. Ojalá me los encontrase cara a cara. Algunos están identificados y otros no. Me gustaría muchísimo encontrarme con ellos. Yo solo cogería la foto de mi hijo cuando tenía año y medio y la foto de mi hijo ahora, para que me explicasen de qué hubiese servido esa muerte. Como de que han servido los ochocientos y pico muertos que están en los cementerios.»

Los jueces fueron otro de los estamentos de exiliados forzosos que se incluyen en el libro. «Xavier Arzalluz, presidente del PNV, actuó como detonante de la campaña por la expulsión de los jueces no vascoparlantes», dice Bezunartea. En un acto ante la tumba de Sabino Arana dijo que los jueces que no sabían euskera debían dejar el sitio a quienes sabían la lengua o entendían mejor al país, e irse a otro lado. El asesinato del juez José María Lidón el 7 de noviembre de 2001, es un punto de partida de la persecución y exilio de jueces y magistrados. «Hasta entonces entre los jueces no había una percepción directa de persecución desde el terrorismo, aunque sí había habido amenazas, presiones. A raíz de aquel suceso se percibió la gravedad. Hubo algunos compañeros, ocho o diez, que se fueron, la mayoría del País Vasco», comenta el magistrado Rodríguez Achútegui. Con «la amenaza directa a la judicatura muchos profesionales de otras comunidades, que en otras condiciones sí lo hubieran hecho, decidieron no venir. Pero no hay estudios y las cifras exactas no se pueden saber. Luego se produjo una inflexión, quizás por la tregua y porque había bajado un poco el nivel de presión. Ahora pasa justo lo contrario, la gente no se quiere ir y quieren venir aquí, pero ha costado muchos años llegar a esta situación.»

Finalmente, conviene destacar el ingente trabajo realizado por la autora del libro, que destila un conocimiento exhaustivo de la materia y sus circunstancias. El miedo no está instalado en las entrañas de Ofa Bezunartea y de los protagonistas de este relato histórico.

Olga Pérez Arroyo
Universidad Complutense de Madrid